

Desde Washington

Watergate de Bolsillo

Exc. 17-X-84, p. 7A

POR LORENZO MEYER

LO malo de tener que escribir una columna desde otro país es que en parte su destino depende de la velocidad del correo. Muchas cosas pueden pasar entre que se escribe y se publica. Confío en que este detalle no escape —ni desanime— a mi lector.

Escribo al iniciarse octubre. En estos días los medios de comunicación masiva estadounidenses están muy cargados de noticias y comentarios relacionados con Centroamérica. La gente de Reagan está realmente muy enojada porque los sandinistas la tomaron por sorpresa (¿se vale decir: "con los pantalones en la mano"?). cuando aceptaron suscribir el acuerdo de paz que ha propuesto el Grupo Contadora, y seguir negociando con Cruz —el candidato presidencial de la oposición— para que se registre y participe en las próximas elecciones. Más de un editorialista de acá ha pedido a la Casa Blanca que se muestre tan razonable como ahora parecen serlo los sandinistas.

En este ambiente era predecible que México volviera a ser noticia, ya que somos un actor —secundario, pero actor al fin y al cabo— en el drama centroamericano. Sin embargo, la forma como apareció en la prensa y la televisión al concluir septiembre no deja de ser sorprendente. Supongo que la noticia tuvo amplia difusión en México.

★

ME refiero a aquella en torno a la renuncia de un veterano especialista de la CIA en asuntos latinoamericanos —John R. Horton— y sus razones para ello. De acuerdo con lo dicho por Horton, a principios de este año, el jefe de la CIA y gran amigo del Presidente Reagan, el señor William Casey, le pidió que alterara de manera sustantiva el informe que acababa de preparar sobre México, de tal manera que pudiera servir de base "objetiva" a las afirmaciones del gobierno de Reagan en el sentido de que nuestro país estaba al borde de una crisis política y social, que la izquierda nativa e internacional son una amenaza real para

el status quo, y que por tanto era tiempo de que el gobierno mexicano dejara de esgrimir sus viejos e irreales argumentos en torno a la defensa del nacionalismo y del principio de no intervención en el caso de Nicaragua, y de las ventajas de la negociación en el caso de El Salvador, y en cambio apoyara la política estadounidense, si no tan abiertamente como lo hace el gobierno de Honduras, al menos como lo hace el de Costa Rica. Horton se negó a la falsificación, pues en su opinión, y pese a la crisis económica y a la avanzada edad de la "revolución institucionalizada", el sistema político mexicano no daba muestras de estar en el filo de la navaja. Al final, y como usted ya lo sabe, el infor-

me se alteró tal y como lo demandó Casey, Horton se fue muy disgustado a su casa, ¡y todo para nada! pues a final de cuentas —y estas son palabras de la prensa de acá, no mías— De la Madrid dio señales de estar dispuesto a modificar la posición internacional de México en el sentido que buscaba Washington. Sin embargo, si este asunto es investigado por el Congreso como se acaba de anunciar, puede transformarse en una especie de pequeño Watergate, y entonces el asunto seguirá vivo y el tiro le habrá salido por la culata a Casey y a otros.

Por lo que a México se refiere, el hecho de que la CIA nos estudie puede molestarnos pero no sorprendernos. Desde la época de Poinsett, Washington ha recibido informes más o menos detallados sobre nuestros asuntos políticos, económicos, sociales e incluso culturales. Personalmente no he visto los archivos del siglo XIX, pero sí algunos del siglo XX, y puedo asegurar que estudios y reportes sobre nuestras intimidades abundan; las fuentes son de lo más variadas: la embajada, los consulados, los servicios de inteligencia militar, el Departamento de Justicia, el FBI, el Departamento de Comercio, etcétera. En fin, el trabajo que hizo Horton era totalmente rutinario y normal. Todo país que interesa a Estados Unidos —¿hay alguno que no?—

es estudiado por sus servicios de inteligencia por arriba y por abajo, por dentro y por fuera... y México siempre le interesará a Estados Unidos.

★

LO importante de las declaraciones de Horton, y lo que nos debe preocupar a muchos, es la evidente disposición de Reagan y los suyos, de seguir una línea de conducta política en Centroamérica basada fundamentalmente en consideraciones ideológicas e independiente de los hechos reales. En otras palabras, si la realidad centroamericana coincide con la visión extraordinariamente conservadora de esta administración republicana, bien, pero si no coincide... ¡peor para la realidad!

Es cierto que cualquier análisis político está contaminado por la ideología y los valores de quien lo hace, pero no se puede negar que hay grados de miopía política, y por lo que parece este mal va en aumento en los círculos oficiales de Estados Unidos que toman las decisiones relacionadas con Iberoamérica. En lo pasado, el pragmatismo que imperaba en Washington permitió que no se vieran moros con tranchete cuando México se negó a romper relaciones diplomáticas con Cuba. El Departamento de Estado estaba consciente y aceptó —aunque no de buena gana— que la independencia relativa de México en

UVELTA

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Desde Washington

Sigue de la página siete

tantos interamericanos era parte necesaria de los ingredientes que daban legitimidad al régimen "revolucionario institucional", y que esta legitimidad garantizaba lo que realmente tenía prioridad para Estados Unidos al sur del río Bravo: la estabilidad política de México. Lo que el caso Norton está demostrando ahora, es que a ideología está convirtiéndose en un amia de

fuerza que amenaza con hacer incompatibles nuestra independencia (siempre relativa, desafortunadamente) con lo que el actual gobierno en Washington considera su interés nacional.

En fin, me voy a mantener atento al desarrollo de este pequeño escándalo. En cualquier caso, y dada la segura reelección de Reagan, no puedo envidiar la posición de De la Madrid por lo que a su relación con Estados Unidos y Centroamérica se refiere.